

05 – LOOB – GANARSE EL PAN

Me despierto atontado en mitad del suelo, no sé qué narices ha pasado, estaba agarrando como buenamente podía la cabeza del dragón para que Colega pudiera alcanzarle en el cuello o en la bolsa de gas, cuando ha saltado un fogonazo desde abajo sin previo aviso. Del susto he soltado un momento las cadenas de las hoces y me he caído de su lomo, al estamparme contra el suelo he debido perder el conocimiento. Mierda, Colega. Él tenía que estar por donde ha salido el fogonazo, voy corriendo hasta donde está tirado el dragón, inmóvil, sin plantearme erróneamente si estaba muerto o solo atontado, pero al llegar delante un pestazo me abofetea en la cara y veo el enorme cráter que tiene el dragón donde antes estaba su cuello. Ha volado un agujero del mismo tamaño que tendría yo en posición fetal en la parte baja del cuello, donde debía estar su bolsa de aire, con la piel saliendo hacia fuera, ha debido estallar o algo así cuando Colega ha atravesado la bolsa, mierda, Colega tenía que estar pegado al cuello cuando pasó, si ésto le ha hecho a un dragón... ¿dónde demonios está Colega? Miro desesperadamente a mi alrededor, joder, estoy aterrorizado, temo de verdad por su vida, lo veo más adelante tumbado en el suelo al lado del porche del edificio que está al final de la calle a lado derecho, joder, lo ha enviado volando dos casas, y no lo veo moverse. Voy corriendo más rápido de lo que he corrido nunca, ignorando las punzadas de dolor que siento por todo el cuerpo, en especial en el costado derecho, cuando llego a él me tiro de rodillas a su lado, voy a quitarle el peto cuando noto a través de mis guantes de cuero que está ardiendo, joder, sin los guantes me habría hecho unas buenas quemaduras solo por ese instante que he tardado en quitar la mano, le desabrocho los cinturones con el que lo tiene sujeto al cuerpo y se lo quito lo más deprisa que puedo ignorando el dolor y pego mi oreja a su pecho, joder, no oigo nada, sí, puede que con la ropa no pueda oírlo, pero no caigo en ese momento, estoy demasiado asustado, temo que esté muerto de verdad, algo que no me había planteado si quiera que fuera posible, pero ahí está, inmóvil, aterrado. Comienzo a darle un masaje cardíaco, si no es suficiente le quitaré la puta máscara y le daré aire, a la mierda su intimidad y el motivo que tenga para esconder la cara, no pienso dejarlo morir por alguna cicatriz fea o malformidad o lo que quiera que quiera esconder. Le aprieto el pecho con fuerza, quizás con demasiada, no lo sé, pero me estoy desesperando.

—¡Espabila ya, maldita sea! ¡No puedes morirte justo después de cargarte un puto dragón! ¡Es demasiado ridículo! ¡¡Despierta!! —Le grito con rabia y desesperación, y sin darme cuenta cambio los masajes con la mano abierta a darle golpes con el puño cerrado, eso era más una agresión que un intento de volver a activar su corazón.

Pero sea por el motivo que sea, reacciona con un movimiento brusco para tomar aire como si hubiera salido del agua tras mucho rato aguantando la respiración, me aparto de él como de un perro rabioso y veo como intenta reincorporarse, se pone a cuatro patas con la boca para abajo, se quita la máscara y empieza a vomitar y a respirar con dificultad. Se tira así un rato, sin mediar palabra, creo que intentando poner en orden lo que recuerda para saber porqué está así. Yo me siento aliviado a unos metros, bueno, me caigo de culo como si me hubiera quitado una vaca de los hombros. Colega aun lleva la capucha puesta, así que aunque se haya quitado la máscara, al estar boca abajo, no se ve más que unos mechones de pelo negro, debe tenerlo muy largo. Ahora que parece estar bien, no quiero acercarme, sea el motivo que sea, no quiere que nadie le vea la cara, así que no voy a ser tan rastrero como para aprovechar este momento de debilidad para vérsela.

Leyendas de los 9 Reinos: 1ª Leyenda – Libro 1

—¿Cómo estás, Colega? ¿Mejor? —Le pregunto casi a gritos, creo que estoy más alterado de lo que creía.

—¿Loob? ¿Qué ha...? —Deja la pregunta a medias— ¿Estás entero?

—De una pieza, sí. Y mejor que tú, eso está claro.

—Me alegro. —Dice mientras se nota que su jadeo es cada vez más leve.

—¿Qué ha sido ese fogonazo de antes? —Le pregunto.

Él guarda silencio, creo que intenta hacer memoria, pero no recuerda de lo que hablo.

—Cuando le has clavado la espada en el cuello ha salido un fogonazo de donde estabas. Y has salido disparado como un pollo al que le pegas una patada. ¿No se supone que el fuego sale por la boca y no en el cuello? —Le explico para refrescarle la memoria.

—Ah, ya... —Dice y guarda un momento de silencio. —Mierda.

—¿Qué?

—El gas que tienen los dragones se prende al contacto con el aire, así que no se prende dentro de la garganta, sino cuando sale por la boca. —Me explica—Pero claro, al cortarle creé también una entrada de aire, así que en cuanto le rajé, todo el gas de la bolsa debió prenderse, joder, no había previsto esa posibilidad.

—Siempre hay una explicación científica. —Digo encogiéndome de hombros.

Colega se levanta y me mira, creo que comprobando como estoy, este tío aparenta siempre ser un tipo duro, muy callado e imponente al hablar, creo que no apostea, que simplemente es así, pero la verdad es que es un buenazo, no hay más que ver la parte que se cogió él para esta cacería, ni siquiera dejó que se lo discutiera. Se limpia la boca aunque ya no tenía ningún resto de vómito, y se vuelve a poner la máscara y va a mirar el estado del dragón, se le queda mirando y da un suspiro.

—¿Qué? —Le pregunto.

—Ya verás la bronca que nos echa Jodra por este cráter y la ausencia de bolsa. —Me responde apesadumbrado, como un niño que ha roto un jarrón de su madre y teme su bronca. Jaja, me hace gracia que no tenga reparos en calvarle la espada en el cuello a un dragón pero le da miedo la bronca de una mujer. Yo debo estar inmunizado, mi madre me ha echado broncas a todas horas desde que tengo uso de razón, y cuando vuelva seguro que me echa otra, jajaja.

—Tú por eso tranquilo, ya me la camelaré yo.

Colega me mira y da otro suspiro.

—¿Qué? ¿No me ves capaz? Soy un experto de las mujeres, conseguiré incluso que nos pague como si el dragón estuviera vivo. —Le respondo ofendido.

Él pasa por mi lado, me da un par de palmaditas en el hombro derecho y se va sin decir una sola palabra. Cabrón, ya verás, ya.

Lo que pasó las siguientes horas no tiene demasiada importancia, yo recogí mis cadenas del tejado y las hoces que seguían en el suelo de donde me caí, que me había olvidado de ellas y Colega su Espada Lamia, nos costó encontrarla, había caído volando por la ventana del segundo edificio por la derecha contando por el final, estaba relativamente bien, digo relativamente porque se había fundido ligeramente y algunas de las partes en las que se dividía la espada se había pegado, pero según él no tiene demasiada importancia, podía darle el un arreglillo y luego su herrero de confianza se la dejaría como nueva cuando volviéramos al gremio. Después fuimos a avisar a los que estaban refugiados en el templo que dieron saltos de alegría, y aunque algo escépticos salieron corriendo a la calle para comprobarlo. Cuando vieron el dragón inmóvil en mitad de la calle en un charco de sangre lloraron de alegría, se abrazaron, nos abrazaron, hasta a Colega le abrazaron y le dieron besos en la máscara, Jajaja, fue divertidísimo ver lo incómodo que estaba, de no saber qué hacer por una vez, si devolver los abrazos o

dar las gracias, jajajaja. Laabita me saltó encima nada más entrar en la sala subterránea y no se volvió a separar de mí en todo el día, es un encanto de criatura, anda que no durmió bien esa tarde y la noche siguiente, no comimos gran cosa, y no en demasiado buen estado, pero nos subió a gloria. Nosotros nos quedamos descansando cerca del dragón, para no perderlo de vista, no queremos que empiecen a cogerle carne ni escamas, hay que entregarlo lo más entero posible, cada parte de su cuerpo vale una fortuna, y cualquiera aprovecharía la mínima oportunidad para sacar tajada. Mientras tanto, el hijo mayor del ama de casa al que había salvado el saqueador, de unos catorce años se fue corriendo a avisar a los supervivientes en el pueblo vecino del éxito de la cacería, y a los dueños del remolque que había contratado Colega, por eso tardó más de lo debido en llegar, estaba contratando en el Centro de Estudios Dracos un remolque para llevarse al “wyvern” una vez cazado, suponiendo que fuera de la raza más grande, no sé yo si servirá para esta mole, pero bueno. No llegarían hasta el día siguiente por lo menos, así que nos lo tomamos con calma. Al final, yo me rompí una costilla cuando me caí del lomo del dragón, la señora Rosa me ha hecho un burdo vendaje, que no me servirá de mucho, creo yo, pero que es mejor que dejarlo al aire, pero tendré que ver a un médico cuando lleguemos al CED cuando lleguemos para vender el cadáver del dragón. Para comer saqueamos algunas casas, como allí todos se conocían, ya les pedirían disculpas ellos a los dueños de las casas, y poco más. Bueno, durante la cena les contamos como hicimos la cacería, bueno, se los conté yo, pero estas cosas Colega no vale mucho, no tiene alma de dramaturgo como yo, yo les hago vivir la experiencia al público, más de una vez me preguntaron “¿Murió?” refiriéndose a uno de nosotros dos, cuando nos tenían delante, jajaja, si es que soy demasiado bueno. Laabita y la otra niña se cogían de mi gabardina y de la falda de su madre un poco asustadas, y los hombres reaccionaban como si lo hubieran vivido ellos. Así que, esa noche, con el estómago lleno, y sin miedo, que es lo más importante, dormimos todos bien a gusto. Pero sin que ellos se dieran cuenta, Colega y yo nos turnamos para custodiar al dragón, no nos fiábamos de ellos, y menos del saqueador, no sabemos hasta qué punto fingía que no podía moverse.

A la mañana siguiente, empezaron a llegar los supervivientes, y como viene a ser tristemente normal, tras un primer rato de alegría por recuperar el hogar, de ver a los pocos que habían sobrevivido en el refugio del templo y darnos las gracias de corazón, pasaron a quejarse. Comenzaban, como siempre, los que habían perdido su hogar o negocio, es lo típico y comprensible, pero como cuando el ser humano se encuentra en grupo saca lo peor que tiene al sentirse seguro por el grupo, pasa lo que pasa, los vitores y gracias pasaron a ser increpaciones por el mal estado del pueblo, de por qué no habíamos impedido que ardiera su casa o su bar, que si habíamos sido negligentes y mierdas de esas, y luego claro está, llegó la hora del cobro, en la que siempre hay problemas. Ya que quieren pagar lo menos posible, querían que nosotros dos, nosotros, pagáramos los desperfectos del pueblo, naturalmente no todos, muchos nos defendieron, sobre todo los supervivientes del templo, pero así es el ser humano, afortunadamente para estos casos está Colega.

—Señor alcalde, por experiencia sé que estas discusiones no terminarán nunca, siempre habrá alguien insatisfecho, así que páguenos lo que dicta la ley y nos marcharemos de inmediato. —Dice Colega en su “modo negociador”.

El alcalde, un hombre gordo, con un traje elegante todo blanco, con un bigote ridículamente grande y blanco, con un enorme y ridículo sombrero, como de costumbre pone pegas, pero al menos finge educación y cortesía.

—Por supuesto, por supuesto. Sois los salvadores de nuestro pueblo, y somos gente justa. Recibirán su bien merecida recompensa. —Dice mientras le hace gestos a un

Leyendas de los 9 Reinos: 1ª Leyenda – Libro 1

joven con ganas y algo esmirriado que le trajera unos papeles. Y se los tiende educadamente a Colega.

Colega los lee con detenimiento mientras el alcalde sigue hablando.

—Permítannos invitarles al banquete de esta noche. —Decía el alcalde— Hemos traído toda clase de comida y en cantidad suficiente para alimentar a todo el pueblo, y sería un honor que se sentaran a mí la...

—¿Qué es esto? —Le interrumpe Colega.

—¿Disculpe? —Responde el alcalde arqueando la cabeza, es un gesto tan teatral y practicado que salta a la vista que sabe bien que Colega ha descubierto la estafa y le da igual, como todos los prepotentes se cree intocable, pero este gordo no conoce a Colega.

—En este “recibo” por llamarlo de alguna manera, hay varios errores. —Dice Colega manteniendo la compostura, está más que acostumbrado a esto.

—¿Qué me dice? ¿Errores? ¿Dónde? —Dice mientras hace otra vez gestos exagerados para aparentar sorpresa, es tan evidente que empiezo a creer que se está riendo de nosotros.

—Principalmente en el dinero de recompensa y el dueño del dragón. —¿El dueño del dragón? Lo del dinero era prácticamente inevitable, siempre pasa igual, pero ¿qué es eso del dueño del dragón?

El alcalde coge el papel y lee las partes que le señala Colega.

—No veo que haya nada incorrecto, todo está de acuerdo a la ley. —Dice poniendo una sonrisa de oreja a oreja.

—No, según este documento trata a esa criatura como un draco menor. —Dice Colega.

—Porque lo es, ¿no es así, señor juez? —Dice el alcalde señalando con la mano extendida con la palma hacia arriba a un hombre trajeado de unos treinta años sospechosamente parecido al alcalde.

Para aclarar las cosas, los jueces, concretamente como el de este caso, el comúnmente conocido como Juez de Recompensas son por decirlo de alguna manera intermediarios, los representantes de la ley para esta clase de casos en los que el cliente y el mercenario contratado no está de acuerdo en asuntos monetarios para dar con el precio justo que dicta la ley del rey.

—Así es, señor alcalde, a pesar del tamaño anormalmente grande, sigue siendo un wyvern, clasificados los más grandes como dracos medianos, así que es justo clasificar a este como un wyvern de las razas más grandes, ¿no? —Dice sonriendo con un aire pedante— Además, el otro asunto, el wyvern ha sido cazado aquí, en mitad del territorio de Manzeros, eso lo convierte en propiedad del pueblo.

¿¡Qué!?! ¡Hijo de puta! ¿¡Nos quieren quitar la presa!?

—Así que dígame, señor mercenario, ¿exactamente que errores ve usted aquí? —Dice el juez encogiéndose de hombros, éste ya ni es teatral ni nada, se está riendo en nuestra cara.

—Pues verá, señor juez... —Sigue Colega con total tranquilidad— Las recompensas no se dividen entre dragones y wyverns como usted dice, sino en dracos, y su tamaño, éste es un draco grande, o como usted entendería, un dragón mediano, por lo que su precio es muy superior al que ustedes nos ofrecen, y el otro asunto, eso se daría únicamente si hubiera sido cazado al margen de la ley, es decir, si el señor alcalde aquí presente, no nos hubiera contratado en nombre del pueblo de Manzeros, pero al haberlo hecho, y puesto que somos mercenarios cazadores, la presa que nosotros hemos cazado nos pertenece por derecho a nosotros, no al pueblo.

Al juez y al alcalde se les va la sonrisa de la cara, intentan mantenerla para mantener las apariencias, pero se nota demasiado que la fuerza, no como antes.

Leyendas de los 9 Reinos: 1ª Leyenda – Libro 1

Para dejarlo más claro, todos estos reptiles con patas y alas científicamente hablando, son dracos, la diferenciación entre dragones y wyverns es más cosa de la calle, para diferenciarlos.

Tras unos segundos de silencio, el juez de echa a reír.

—Señor mío, me temo que está usted en un gran error, esos no son más que bulos que se cuentan por la calle y que me temo se le ha dado demasiada credibilidad. Pero lo cierto es que el estatuto que regula los precios de los encargos tiene bien dividido el precio por dragones y sus respectivos tamaños y por wyvern divididos en sus tamaños, si son de tierra o agua. —Le dice como si estuviera corrigiendo a un niño por decir una tontería.

Colega guarda silencio, mira al juez y al alcalde y continúa.

—¿Es esto alguna especie de broma? —Dice Colega manteniendo el tono serio.

—¿Cómo dice? —Le responde el juez.

—Lo que acaba de decir, quiero saber si es ignorancia o estupidez. —Le responde Colega imitando el tono condescendiente que ha usado con el él juez hace un momento, y éste se pone rojo como un tomate.

—¿¡Cómo se atreve!?! ¿¡Insinúa que estoy mintiendo!?! —Le contesta alzando la voz y tan rojo que parece que le va a estallar la cara.

Colega da un par de pasos al frente y pega su cara, o mejor dicho, su máscara, a la cara del juez, desde aquí he oído como han chocado, no estoy seguro, pero creo que desde tan cerca si podrá verle los ojos, o atisbarlos como si simplemente estuviera muy oscuro, ya que la máscara no es perfecta, y cuanto más te acercas menos negra parece, y me ha dado la impresión más de una vez de que se le distinguen facciones, pero hay que estar muy cerca, como el juez ahora mismo, para distinguir claramente algo.

—Sí. —Es lo único que dice Colega, pero esta vez no en tono cordial, sino cabreado, a esta distancia y el cambio tan brusco de tono me asusta hasta a mí.

El juez suelta un grito ahogado y se cae de culo aterrado, el alcalde también se altera, y noto como todos los curiosos que nos han rodeado reaccionan igual, echándose hacia atrás abriendo bien los ojos y las bocas, y las damas tapándose la boca.

—¿¡Có-cómo se a-atreve!?! ¡Y-yo soy un juez de comercio! ¡No puede amenazarme así! —Le increpa desde el suelo el juez apuntándolo con el dedo índice de su mano derecha y temblando como una gelatina.

—Una vez más te equivocas, y lo de juez ya empiezo a dudarlo. Realmente no conoces la legislación por los precios de los dracos, y por tu bravuconería, diría que tampoco sabes las consecuencias de intentar estafar a unos mercenarios. —Le dice Colega en tono amenazador y dando unos pasos hacia él, el cual empieza a arrastrarse por el suelo hacia atrás, sin dejar de mirarlo a la cara, con el rostro desencajado.

Puesto que vamos a actuar, tengo que representar yo también mi papel, así que empiezo a reírme a carcajadas. Todo el mundo gira la cabeza de golpe a mirarme, así que empieza el espectáculo.

—Parece mentira que aún haya gente que no sepa lo que pasa cuando le buscas las cosquillas a unos mercenarios, y eso que el dragón al que le hemos arrancado media garganta sigue pudriéndose ahí. —Digo mientras señalo al dragón con la mirada— En fin, —digo encogiéndome de hombros— ¿se lo dejamos claro, Colega?

Todas las miradas vuelven a Colega, y la gente ya empieza a asustarse de verdad, están empezando a retroceder cada vez más, y las mujeres ya se están poniendo detrás de sus parejas o padres.

—Va a ser lo mejor sí. —Dice Colega volviendo a su tono de negociador— El caso es que la legislación es tal y como os la he contado, que des otra versión da a entender que o bien ni te has leído el libro o que nos intentas estafar, es una u otra. Lo del dueño

actual del dragón más de lo mismo. En cuanto a las consecuencias de intentar engañarnos, por ley, podemos tomar todo aquello que queramos hasta culminar la cifra legal por la presa y los servicios prestados, no esta ridiculez que nos ofreces. —Le dice mientras arruga el papel con una mano y se lo tira— Así que te lo resumiré para que se te quede bien claro, has intentado estafarnos, así que podemos tomar por la fuerza lo que nos venga en gana, y por ley, si alguno intenta impedirnoslo podemos matarlo, y en cuanto a ti, el castigo por corrupción y hacerse pasar por un juez es el mismo, la muerte, por orca o por nuestras manos, el ejército no podrá hacernos nada por hacer su trabajo sucio. —Dijo mientras que se ponía encima de él volviendo a su tono agresivo.

Jajaja, el juez, o el supuesto juez se está meando encima y llorando a lágrima viva, aún no ha dicho una palabra por el miedo, pero dentro de nada empezará a suplicar por su vida.

—En cuanto a usted, señor alcalde, es evidente que está metido en el ajo, por lo que irá después de él. —Dice Colega mientras se gira a él y saca su Espada Lamia y la clava con fuerza en el suelo, a escasos centímetros de la entrepierna mojada del juez.

El alcalde no está mucho mejor que el juez, completamente en blanco, su cara está igual que su traje y bigote, lo cual resulta hasta un poco cómico. Como hay que seguir la actuación y a mí me ha tocado muy poco, saco mis hoces y la de la mano izquierda la pongo a dar vueltas con la cadena, y me pongo a mirarlos a todos, no digo nada, pero todos entienden a la primera que como hagan alguna tontería correrá la sangre. Así que ahí estamos nosotros, con Colega con su enorme espada negra fuera de su funda, con arañazos, partes fundidas y sangre seca, y yo con unas relucientes hoces y una de ellas con la cadena dando vueltas, para que vean que les puedo dar de lejos. La reacción es instantánea, gritos, gente huyendo, algunos por orgullo se mantienen firmes, pero es evidente que están acojonados, en fin, es normal, las mayores amenazas a las que se pueden enfrentar unos horticultores como éstos son topos o conejos que le destrozan las cosechas, y nosotros acabamos de matar a un dragón enorme, su sentido de amenaza es mucho más fino que el nuestro. Para nosotros, ver armas blandiéndose es igual de normal que lavarnos los dientes por la mañana, para muchos de ellos debe ser la primera vez que ven a hombres grandes y armados en plan amenazador.

El señor Blero aparece llevado en volandas por un par de jóvenes grandes y fuertes, ya que tiene los pies heridos, quizás por pisar cristal con los pies descalzos, ya que es habitual que esta gente vaya siempre descalza, e intenta calmar las cosas. Va hacia Colega y le habla, desde aquí y con el murmullo general no distingo lo que dice, pero él guarda la espada, así que yo hago lo propio. El juez se levanta y el alcalde va con él, cada vez me parecen más padre e hijo intentando engañarnos, vuelven a hablar, pero el murmullo no me deja oírlos bien, hablan alto, pero no consigo distinguir lo que dicen, salvo lo siguiente que lo dice el alcalde a voces:

—¿¡Dos mil!?! —Grita con fuerza el alcalde. Y la cara se le pone roja como un tomate, igual que al juez, qué casualidad.

Se hace un silencio repentino, todos están tratando de asimilar la cifra. Y para qué engañarnos, yo entre ellos. Dos mil svars de oro, joder, menuda fortuna, por eso me encanta trabajar con Colega, con él gano más en una misión que yendo yo solo en tres o cuatro, yo desde luego no habría sacado semejante cifra.

—Por cabeza. —Sentencia Colega.

Todo el pueblo exclama, pero nadie se atreve a criticar abiertamente.

Yo lo estoy flipando, o sea, que me gano dos mil svars de oro en menos de una semana, buuffff, si Colega no fuera un tío ya le estaría besando en la boca, pero como lo es, que se fastidie, mis labios son solo para las mozas, y si están bien dotadas mejor.

—Pe-pe-pero dos mil es demasiado... —Dice el alcalde sin poder decir nada más.

Leyendas de los 9 Reinos: 1ª Leyenda – Libro 1

—Es el precio por la cacería, el tiempo invertido, la dificultad del encargo en el que han muerto dieciséis mercenarios y el intento de estafa, no aceptaré ni una moneda de bronce menos, si no os gusta volveremos a la parte antes de que llegara el señor Blero. —Dice Colega en su tono amenazador.

El alcalde y el juez se contraen como si fueran ancianitos, y muy a regañadientes aceptan.

—De acuerdo, se le llevará la cifra completa a la sede de su gremio de inmediato. —Dice el alcalde mirando al suelo y suspirando.

—Lo quiero en efectivo y antes del mediodía. —Dice Colega dándose la vuelta y viniendo hacia a mí, no les deja quejarse ni nada y se quedan los dos cabizbajos y el señor Blero intentando tranquilizarlos.

—Vamos, tenemos que cargar al dragón e irnos, cuanto más tiempo pase más se pudrirá. —Me dice al pasar por mi lado.

Al darme la vuelta para seguirle con la vista veo al final de la calle a cuatro enormes uros cargando un remolque hecho con troncos gruesos de árbol, para el que no lo sepa los uros son toros, pero tres veces más grandes que éstos. El remolque debe de ser enorme, pero ¿cómo es posible? Cando veníamos para acá creíamos que el wyvern era normal, así que con un remolque normal con un par de caballos habría sido suficiente.

—Oye, Colega, ¿éste es el remolque que encargaste? ¿Ya sabías que este wyvern era gigante? —Le pregunto a Colega cuando le alcanzo, y me doy cuenta de que Laabita sigue agarrada a mi gabardina por la parte de atrás.

—En el otro pueblo los supervivientes me dijeron que tenía este tamaño, así que le di una carta a un chico para que se la llevara al CED y nos enviara un remolque para un dragón medio. —Me responde.

—Joder, ¿a ti te dijeron el tamaño de esta cosa? Yo me enteré cuando llegué y lo vi.

—¿Les preguntaste cómo era? —Me pregunta.

—No, pero estas cosas se dicen aunque no le preguntes a nadie si tiene algo fuera de lo común. —Respondo dando un suspiro, ya me podía haber ahorrado el susto, digo yo.

El resto de la mañana no tiene mucho que ofrecer, nos tiramos las horas muertas con el cadáver del dragón, después de un buen rato tratando de subirlo arriba, que no fue nada fácil, pero a base de muchas poleas y la fuerza de los uros pudimos subirlo poco a poco, el remolque es bien grande y largo, con ocho ruedas de madera gruesa, así que creo que aguantará el peso del dragón sin demasiados problemas. Y entre esto y la llegada del pago intenté hablar con Laabita sin éxito. Estaba callada como una tumba, y la gente del pueblo nos evitaba, es evidente que nos temen y nos odian, para ellos somos los que les hemos sacado cuatro mil svars de oro y le quitamos al dragón. Seguro que todo el mundo ya había hecho planes de qué hacer con el dinero que les darían por él, no recuerdan que les hemos recuperado el pueblo, ni que les hemos salvado la vida, porque si no lo hubiéramos matado seguramente el pueblo en el que se refugiaban, que era el más cercano, habría sido el primero en ser atacado, se quedan con que les hemos robado el dinero, cuando en realidad solo hemos evitado que nos lo roben ellos a nosotros. Me da un poco de pena, lo van a pasar mal una temporada por todos los destrozos, pero qué coño, nos hemos enfrentado dos tíos a un dragón con espadas y hoces, nos merecemos el puto dinero y el puto dragón. Al dragón le hemos tapado la herida, para que al menos la peste que echa sea menor, le hemos puesto una lona por encima y le echamos agua con frecuencia, no queremos que se pudra más de la cuenta o nos pagarán menos. Cuando el sol está ya en lo más alto, viene el alcalde y el supuesto juez, que como ya había imaginado, es el hijo del alcalde, y entre los dos habían intentado engañarnos, y nos dan un cofre lleno hasta arriba de svars de oro. Jajaja, jamás había visto tanto dinero junto. Voy a coger un puñado cuando Colega vuelca el cofre y

todas las monedas caen, junto a cuatro placas de hierro que había al fondo, mierda, Colega y yo nos ponemos a contar soportando las quejas de alcalde de falta de confianza, pero esas placas de hierro que hacían ver que el oro llegaba más arriba de lo que en verdad debían, y la cara de miedo del padre y el hijo son demasiado sospechosas. Y sí, faltan más de doscientos svars de oro. Colega saca su Espada Lamia y se va el alcalde de una forma que me asusto y voy a pararlo, y tengo que ejercer tanta fuerza que creo que iba a rajarlo de verdad. Ante este susto el alcalde se pone de rodillas suplicando piedad. Colega se zafa de mí y le da un revés con el puño cerrado y el alcalde se queda a cuatro patas escupiendo sangre y un par de dientes. Buen sopapo, sí señor. La bromita le cuesta otros mil svars de oro, que esta vez nos traen rápido y con lo que faltaba de antes, todo justo por fin. Ea, otros quinientos svars de oro para la saca, casi quiero que intenten estafarnos otra vez, jajajaja.

Padre e hijo se marchan en cuanto damos el visto bueno, y nos ponemos a recoger todas las monedas. Una vez están todas en el cofre lo subimos al remolque donde va el dragón. Puesto que ya hemos terminado por aquí, nos disponemos a marcharnos, pero tenemos un problema, Laabita, no se despega de mí, sujetándose con fuerza, me da mucha pena, le he cogido cariño, pero claro, ahora caigo en que su madre murió durante el primer ataque del dragón y su padre murió hace tiempo, no sé si tiene alguna otra familia, y ella no quiere hablarme, así que dejo a Colega en el remolque y voy a buscar a Blero, él debe de saber qué hacer en un caso así. Está sentado en la entrada del templo, dando órdenes a diestro y siniestro de cómo quiere que se reparen todos los desperfectos, aunque comparado con el resto del pueblo, el templo ha salido bien parado, en cuanto me acerco a él el resto se aleja, salvo un joven que se pone en tensión, pero no quiere dejar solo al Hijo.

—Tranquilo, Jaho, es un buen chico, no me hará nada, tú márchate y ayuda a los demás, que seguro que tienen algún trabajo para ti, ya te llamaré si necesito algo. —Le dice Blero al joven, que se va a regañadientes sin quitarme los ojos de encima. —Empezaba a creer que no vendrías nunca, chico. —Me dice entre risas, pero se le nota en los ojos tristeza.

—Bueno, si ya me esperaba supongo que sabrá a qué he venido, es por Laabita, ¿tiene alguna familia que pueda hacerse cargo de ella? No ha venido nadie a por ella en todo el día. —Le pregunto.

—Y nadie irá a por ella, me temo. —Me responde dando un suspiro. —Sus padres se mudaron aquí con ella hace un par de años cuando necesitábamos mano de obra para la cosecha, y como su padre era muy trabajador, consiguió un hueco aquí trabajando todo el año, en una cosa u otra, así que lo que es familia, no tiene a nadie, y creo que fuera tampoco tiene ninguna, al menos que yo sepa.

—¿Y no hay nadie que pueda hacerse cargo de ella? Un amigo de la familia o el templo.

—Su padre le caía bien a todo el mundo, pero creo que no tenía ningún amigo íntimo, y además murió hace ya mucho, pero por desgracia la madre es otro cantar. No me quiero ir por las ramas, era una prostituta en Puertolargo, muy al este de aquí, o mejor dicho, lo era hasta que Red, el padre de Laab, la sacó de la calle, por allí nadie veía con mucha aprobación esa relación, así que dejaron la ciudad y viajaron hasta llegar aquí buscando una mejor vida, pero los rumores jugosos se extienden como la pólvora, y saben los Dioses cómo, llego hasta aquí, y la gente es como es, la marginaron por lo que fue, pobre mujer, con lo buena y cariñosa que era con la pequeña. —Dice Blero agitando la cabeza.

Mientras tanto, noto como Laabita está llorando en silencio detrás de mí, ocultando su cara con mi gabardina.

Leyendas de los 9 Reinos: 1ª Leyenda – Libro 1

—El caso es que no creo que nadie se quiera hacer cargo de ella, es un encanto y mucha gente le tiene cariño, pero la mayoría no querrán tenerla en casa por las habladurías o saben los Dioses porqué, la gente es así, por desgracia. —Continúa Blero.

Es triste pero cierto, como la gente le da la espalda a los demás por los más absurdos motivos, sobre todo por los chismorreos de maruja, pero eso, sobre todo en los pueblos relativamente aislados, se nota más.

—¿Y usted? Esto es un templo, supongo que aquí le darán igual esas chorradas, ¿no? —Le pregunto temiendo la respuesta, Roble parece un buen hombre, pero nunca se sabe.

—Aquí todos son bien recibidos, los niños sobre todo, Laab tendrá siempre un hogar. Pero para serle sincero, será una vida un tanto solitaria, sobre todo para una mujer, y aquí siempre la mirarán mal, ya no solo por el oficio de su señora madre, también han empezado rumores sobre cómo ha sobrevivido tanto tiempo ella sola en el nido de un dragón. —Dice Blero agachando la cabeza claramente abochornado.

—¿Rumores? ¿¿Qué me está contando!?! ¿¿Supersticiones o mierdas de esas!?! —Ya me estoy cabreando, estos pueblos aislados son los peores a la hora de temas religiosos.

—Hay quien dice que hizo un pacto con un Morador del Submundo para que trajera esa bestia aquí y vengarse de los que la marginaban a ella o a su madre, o que fue la madre cuya única condición era que no dañara a su hija ofreciéndose ella como sacrificio para el Morador, o que...

—¿¿Y usted se cree esas tonterías!?! —Le grito ya enfadado, interrumpiéndolo.

—No, claro que no. —Me responde levantando los brazos a modo de rendición. —Ya les estoy diciendo que eso no es posible, esa criatura vino aquí buscando caza, nada más, que sobreviviera este tiempo es obra de los Doce, que le han brindado su protección a la pequeña por sus rezos, pero me temo que la versión macabra es la que más cala en sus corazones.

—¿Esto es ridículo! —Digo más alto de lo que quería, dando vueltas de un lado a otro, Laabita se ha quedado quieta donde estaba, sigue llorando en silencio y sin moverse. Joder. Lo peor de todo es que no me supone ninguna novedad ni sorpresa, el ser humano en grupo es la criatura más estúpida de la naturaleza, individualmente es un ser racional y que intenta darse aires de evolucionado, con lo que tiende a actuar comedido, pero en grupo no es mejor que un perro rabioso muerto de hambre, solo hace falta que uno diga cualquier parida mística para que todo el mundo le vea sentido y le dé la razón. Pactar con un Morador del Submundo para invocar un dragón, menuda ridiculez, parece mentira que hoy en día sigan creyendo en esos Moradores.

—Por eso, señor Loob, me gustaría pedirle que se lleve con usted a la pequeña. —Me dice juntando las manos como si rezara a modo de súplica.

—¿Qué? —Le respondo sorprendido.

—Es evidente que le ha cogido cariño, y que usted se preocupa por ella. Por sus modales y la calidad de su equipo y el de su compañero, es evidente que no tienen demasiadas dificultades económicas y que tienen un buen hogar esperándolos. ¿No podría hacerse cargo de la pequeña? Ella lo único que necesita es un hogar donde le den cariño, y usted se lo puede dar. —Me lo suplica de un modo sincero. Realmente está preocupado por ella y no parece estar mintiendo en lo que dice.

Miro a Laab y veo que me está mirando con los ojos abiertos de par en par llenos de lágrimas, expectante. Joder, ¿cómo voy a decirle que no? Pero no puedo parecer que la llevo obligado, eso solo la haría sentir peor. Así que me acerco a ella, me agacho para ponerme a su altura y le pregunto:

—Laabita, ¿tú...? —Es lo único que me da tiempo a decir antes de que se me eche encima y se me quede abrazada al cuello.

Leyendas de los 9 Reinos: 1ª Leyenda – Libro 1

—¡Por favor! ¡Seré buena! ¡Haré todo lo que me pida! ¡Sé limpiar, coser un poco, y cocinar algunas cosas! ¡Por favor, no me deje! —Me suplica agarrándome con todas sus fuerzas, y la noto tiritar como si estuviera desnuda en mitad de una nevada.

Me dejé totalmente desarmado, paralizado por la incredulidad y el no saber qué hacer. Nunca me había sentido tan sumamente acongojado. No me viene nada a la mente, pero mi cuerpo actúa solo, le devuelvo el abrazo, y lo único que consigo decirle es: “No te dejaré.”

Nos quedamos en silencio durante un rato, hasta que Laabita se tranquiliza un poco y puede recomponerse. Después es lo típico, darle las gracias a Blero por todo, decir que la cuidaré mucho y todo eso. Cuando nos despedíamos, Laabita también se le echó encima a Blero y lo abrazó con fuerza, no dijo nada, pero eso fue la gota que colmó el vaso, se ve que el pobre hombre había aguantado todo lo que podía, pero ante ese abrazo repentino echó a llorar como un niño pequeño, la abrazó y le dio un montón de besos, y volvió a despedirse. No había pensado a ello, pero por la situación de la madre, seguramente pasó mucho tiempo en el templo con Laabita desde que murió el marido, así que el viejo Blero le habría cogido mucho cariño a la pequeña. Es reconfortante ver a una persona de buen corazón de verdad entre tanto... bueno, dejémoslo así.

En el corto camino hasta el remolque, se nota cómo todo el mundo nos evita y nos mira desde lejos, y cómo hay un gran círculo vacío entre el carromato, bueno, de Colega y el resto de habitantes del pueblo. Tienen tantas ganas de que nos vayamos como nosotros de irnos, el espectáculo que dimos antes ha dado su fruto y los tenemos a todos acojonados, lo cual es indudablemente mejor a que se crean que pueden mangonearnos como les dé la gana. Llego hasta el remolque, donde está Colega hablando con el dueño de los uros, cuando nos ve le indica a ese hombre corpulento de unos treinta años que se suba, ese hombre... bueno, ¿alguna vez habéis visto a un paleta de pueblo? Imaginároslo con sobrepeso y con un claro desinterés por su aspecto físico, y os podréis hacer una idea detallada de cómo es. Colega viene hacia mí y se para en seco al ver a Laabita a mi izquierda sujetándome la mano. Quiero darle una explicación, pero lo único que me sale es saludarlo con la mano con cara de retrasado mental. Bien por mí. Colega da un suspiro y nos pide que subamos, que se hace tarde. Bueno, ahora tengo algo más de tiempo para contarle por qué nos vamos más de los que vinimos, aunque imagino que se hace una idea. Es agradable que no te atosigue o exija explicaciones, pese a como pueda parecer, Colega es un buen tío. Así que subo a Laabita a la parte delantera del remolque, en los asientos y la pongo entre Colega y yo. Colega le da la señal al paleta, de ahora en adelante me referiré a él así, y éste empieza a fustigar a los uros, y por fin, nos vamos de este puñetero pueblo con una auténtica fortuna en metal y carne detrás nuestro.